

OVERWATCH®
2

HÉROES EN ASCENSO
**DONDE VIVE
EL HONOR**

UN RELATO CORTO DE E. C. MYERS

HISTORIA
E. C. MYERS

ARTE
BORG SINABAN

EDITORIAL
CHLOE FRABONI

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU

DISEÑO
JESSICA RODRIGUEZ

CONSULTA DE HISTORIA
MADI BUCKINGHAM, IAN LANDA-BEVERS

CONSULTA DE EQUIPO DEL JUEGO
JEFF CHAMBERLAIN, GAVIN JURGENS-FYHRIE,
PETER C. LEE, MIRANDA MOYER, DION ROGERS

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES
IAN LANDA-BEVERS, MADDIY COOK

TRADUCCIÓN
CESAR VASQUEZ CARDENAS,
NICOLÁS MANUEL TOSO FERNÁNDEZ



© 2024 Blizzard Entertainment, Inc.
Blizzard and the Blizzard Entertainment logo are trademarks or registered trademarks of Blizzard Entertainment, Inc. in the U.S. or other countries.



En general, Hanzo evitaba las ciudades. Había crecido a la sombra de Tokio, con altísimos rascacielos que ocultaban el horizonte dondequiera que mirase. Incluso de joven prefería la tranquilidad de Kanezaka, partes de la cual permanecían como si estuvieran suspendidas en el tiempo. Las pocas veces que se había aventurado al corazón artificial de Tokio, acompañando a su padre por motivos de trabajo, la había encontrado demasiado luminosa y bulliciosa.

Se había vuelto aún peor desde su última visita... eso o Hanzo se había vuelto aún menos tolerante. Las calles parecían más estrechas, casi claustrofóbicas, con muchos rincones sin salida, entradas ocultas y ventanas abiertas. Las llamativas luces pensadas para disipar la oscuridad solo proyectaban sombras más marcadas. Tokio era ruidosa y estaba abarrotada de gente, y más ahora que se avecinaba la invasión del Null Sector, con tanto griterío y gente corriendo.

Por regla general, Hanzo también evitaba a las personas.

En realidad, había estado evitando muchas cosas durante muchos años. Perseguido por el remordimiento de haber matado a su hermano Genji, se había convertido en un fantasma que pasaba por el mundo sin formar parte de él. Esto fue hasta hace dos años, cuando Genji lo enfrentó en el castillo Shimada. No había muerto a manos de Hanzo después de todo.

Y como un cobarde, Hanzo había vuelto a huir. Llevaba tanto tiempo huyendo que no sabía hacer otra cosa. Se distrajo con su trabajo de mercenario, ignorando las verdades que lo atormentaban.

Y ahora no había manera de ignorar la imposible voz que lo había llamado a casa.

LA ÉPOCA DEL HONOR Y EL RESPETO, LA ÉPOCA DE LA QUE PROVENÍAN LAS NUMEROSEAS ENSEÑANZAS DE SOJIRO, HABÍA DESAPARECIDO. PERO ESAS PALABRAS ERAN TODO LO QUE SU PADRE LE HABÍA DEJADO.

Hanzo había estado entrenando en Okinawa, viendo con creciente preocupación las noticias sobre las invasiones de Null Sector en todo el mundo, cuando de repente oyó la voz de Sojiro Shimada. *"Después de un tiempo, el dragón volvió a casa para recuperar lo que había dejado. Durante su ausencia, un tigre se había establecido en su cueva y aterrorizaba a los habitantes de la zona. Así pues, el dragón se camufló y caminó entre su gente, para conocer mejor a su enemigo".*

Ya habían pasado más de catorce años desde que Hanzo había escuchado a su padre hablar por última vez, pero la voz sonaba tan real y cercana que Hanzo se había girado hacia ella. Se sintió al mismo tiempo decepcionado y aliviado al comprobar que estaba solo.

Naturalmente, no había nadie. Puede que solo fuera un recuerdo vívido que regresaba ahora a su mente. Su padre a menudo contaba historias a sus hijos para recordarles su deber: proteger a quienes servían. Pero era fácil ser moralista y decir palabras sin valor cuando uno estaba por encima de los demás, detentando todo el poder.

Cuando Hanzo abandonó el clan, sentía que su padre era un estúpido. Los Hashimoto habían asesinado a Sojiro y su muerte reveló hasta qué punto los negocios del clan ponían en peligro a la gente. Amenazas de clanes rivales, fuerzas policiales, Overwatch... su padre tenía el deber de proteger a la gente sobre todo porque era él quien la ponía en peligro.

La época del honor y el respeto, la época de la que provenían las numerosas enseñanzas de Sojiro, había desaparecido. Pero esas palabras eran todo lo que su padre le había dejado. Frente a los ancianos del clan Shimada y su afán por obtener resultados, Hanzo estaba mal preparado y abrumado; era una marioneta a través de la cual intentaban conseguir sus fines. Lo que Sojiro había construido, lo que había mantenido durante generaciones, no duró y todo se vino abajo; y acabó con Hanzo declarado indigno del puesto de su padre.

Por primera vez en su vida, había huido de la responsabilidad para la que había estado preparándose desde que nació, pero solo después de matar a su hermano, la única persona que de verdad comprendía lo que sentía. Desde que supo que Genji había sobrevivido a su último

enfrentamiento, Hanzo pasó los años subsiguientes intentando (sin éxito) huir de su vergüenza. Pero ahora, la voz de su padre lo había llamado a Tokio. Quizás lo estaba guiando de vuelta a donde era necesario que estuviese. Solo el tiempo lo diría.

Aunque la enorme nave de Null Sector aún estaba en las afueras de Tokio, lejos de la vista desde aquí, en el centro de la ciudad, la gente estaba en pánico. Las calles estaban congestionadas por vehículos parados, la gente escapaba a pie, cargada de mochilas y bolsas, consultando desesperadamente sus teléfonos en busca de noticias y mirando hacia el cielo.

Hanzo se abrió paso en medio del caos, avanzando con cuidado en la dirección opuesta. Cuando Null Sector inevitablemente iniciara su invasión, mucha gente inocente quedaría atrapada en el fuego cruzado. La mayoría no sobreviviría.

Un estridente aviso de ataque aéreo sonó a lo lejos, mezclándose con las sirenas de la policía y las ambulancias. Pero, ¿dónde estaba la policía? Deberían estar aquí dirigiendo la evacuación, ofreciendo protección y consuelo. Miró a su alrededor y vio a un grupo de nueve hombres con traje y corbata negros, varios de ellos con máscaras de oni. Caminaban como si fueran los dueños del lugar, obligando a los peatones a apartarse de su camino. Los Hashimoto.

Hanzo retrocedió hasta el umbral oscuro de una librería cerrada y observó cómo los delincuentes chocaban con un anciano, haciendo que se tropezara y se le cayera la bolsa llena de ropa y comida.

—Mira por dónde andas, abuelo —dijo uno del clan, un hombre con el cabello negro recogido en un moño.

—¡Lo siento! ¡Perdón! —dijo el anciano. Buscaba a duras penas sus cosas mientras los miembros del clan las alejaban a patadas y se burlaban de él. Hanzo tensó la mandíbula. Los Hashimoto no protegían a su gente. Eran parásitos sin honor.

“*Padre, es esto lo que quieres que vea?*” pensó Hanzo. Él ya sabía que los Hashimoto eran unos rufianes abusivos. Tenía que haber algo más, una razón para estar aquí, en este momento.

Tras una orden de Moño, el grupo se puso en marcha. Parecían tener prisa, de lo contrario estarían acosando a más personas que huían de la ciudad. Con tantos de ellos desplazándose juntos, Hanzo supuso que habían sido convocados a la fortaleza de Hashimoto para prepararse para el ataque de Null Sector. Tal vez podría aprovechar la oportunidad y hacerse guiar hasta la guarida del tigre.

Mirando con compasión al anciano, Hanzo los siguió manteniendo la distancia.

Después de unos minutos, los Hashimoto se detuvieron frente a un callejón y miraron a su alrededor. Hanzo se escondió hasta que los nueve hombres se metieron por la estrecha calle lateral. Contó hasta sesenta antes de seguirlos.

El callejón estaba desierto, las paredes repletas de contenedores de basura. Encontrar criaturas tan despreciables entre la basura era esperable, pero ¿adónde habían desaparecido? Hanzo tensó el arco y avanzó con prudencia, mirando a su alrededor en busca de movimiento, de cualquier cosa fuera de lugar. Más adelante, el callejón se convirtió en un camino sin salida.

—Debes haberte perdido —dijo *Moño*, saliendo de detrás de un contenedor en el mismo momento en que reaparecieron los demás miembros del clan Hashimoto, sacando cuchillos y pistolas—. Pero no te preocunes. Te hemos encontrado.

Hanzo solo contó a cinco de ellos. El crujido de los vidrios rotos detrás le indicó dónde estaban los otros cuatro. Estaba rodeado.

Hanzo sacó una flecha y la ensartó, apuntando a *Moño*.

—¡Miren a este sujeto! ¿Acaso vas a enfrentarte a todos nosotros solo con un *arco*? —dijo el hombre tras silbar socarronamente.

—No espero una gran pelea —dijo Hanzo entrecerrando los ojos de cara al líder.

Con un movimiento fluido y rápido, dejó volar su flecha. ¡*Zas!* Esta pasó por encima de *Moño*, que se rio por el aparente error de puntería y dijo: “¡Buen tiro!”

Hanzo miró fijamente detrás de *Moño*. El hombre se giró, y su risa se apagó al ver que la flecha había clavado su moño a la pared de ladrillo.

—Eso fue una advertencia. Y una mejora en tu peinado —dijo Hanzo mientras sacaba otra flecha con calma.

—¿Qué están esperando, idiotas? ¡Atrápenlo! —gritó *Moño* apartándose los mechones de pelo suelto de los ojos.

Tres hombres se abalanzaron sobre él blandiendo cuchillos. Hanzo consiguió derribar a dos con flechas de tiro rápido, pero el tercer delincuente ya estaba casi encima suyo antes de que pudiera soltar otra. Hanzo levantó el arco y bloqueó la espada corta con la empuñadura justo a tiempo, aunque la punta le cortó ligeramente la mejilla izquierda. Dio una patada en el pecho a su agresor y lo apartó de un empujón, luego blandió el arco con fuerza y conectó un golpe que hizo que su oponente se desplomara al tiempo que su arma chocaba ruidosamente contra el cemento.

Hanzo se limpió la sangre de la cara con el dorso de la mano. “*Eso estuvo demasiado cerca. Me estoy descuidando*” pensó.

Dio un paso atrás, girando en un cuarto de círculo para ver a los miembros del clan Hashimoto que tenía detrás. Funcionó: ahora podía ver a los cuatro enemigos restantes, cada uno de ellos con una colorida máscara de oni. *Moño* y sus hombres apuntaron con sus pistolas a Hanzo.

Las balas pasaron zumbando y rebotaron en el metal. Hanzo se dio la vuelta y se agachó entre dos contenedores de basura. Al asomarse por el borde de uno de ellos, apuntando una flecha,

una bala se clavó en su hombro izquierdo. Un dolor punzante le recorrió el brazo y el costado. Hanzo gruñó y bajó el arco.

—¡Así me gusta! —dijo *Moño* entre el humo que salía de su propia pistola—. Tira tu arco hacia aquí, sal con las manos en alto y podremos hablar de esto. — Los demás soltaron una risita.

No podía acertar a ninguno de los enemigos desde detrás de su cobertura. Hanzo apretó los dientes para bloquear el dolor y disparó una flecha hacia un cubo de basura enfrente de él. El contenedor metálico se volcó, derramando desperdicios por el callejón.

—Patético —dijo *Moño*.

La flecha sónica encajada en el cubo de basura desplomado emitía pulsos de alta frecuencia que ayudaban a Hanzo a localizar a todos los oponentes del callejón. Apuntó con cuidado y disparó rápidamente una tormenta de flechas, dejando que su entrenamiento e intuición guiaran su vuelo. Las flechas golpearon las paredes y los contenedores, rebotando en ángulos agudos. Oyó a los enemigos gritar y apartarse rápidamente. Dos hombres gritaron de dolor; había acertado a algunos de sus objetivos.

Hanzo examinó su hombro. Había un orificio de salida, así que la bala lo había atravesado. Aun así, estaba perdiendo sangre a un ritmo alarmante. La cabeza le daba vueltas y la oscuridad se adentraba desde los bordes de sus ojos. Respiró hondo varias veces e intentó recuperarse.

—No tenemos tiempo para esto. ¡Saquen las espadas grandes y acaben con este sujeto de una vez! —gritó *Moño*.

Hanzo suspiró y levantó su arco.

De repente, arrastraron estrepitosamente los contenedores situados a ambos lados de Hanzo, dejándolo totalmente expuesto al ataque. Dos Hashimoto con máscaras de oni blancas y negras se acercaron por derecha y por izquierda blandiendo espadas tachi. Hanzo empezó a sonreír, hasta que vio que las espadas brillaban con una energía azul etérea, parecida a la de su Arco de tormenta cuando utilizaba sus capacidades más especiales.

Las armas destellaban y crepitaban como intentando manifestar algún tipo de poder mayor. Algo estaba mal con ellas, algo que hacía que sus campos de energía fueran inestables. Deben haber intentado copiar las espadas de la familia Shimada, los únicos que utilizaban esa tecnología, y parece que no se sentían muy cómodos con su uso.

El de la máscara negra atacó. Su dominio de la espada era sólido. Hanzo lo bloqueó torpemente con su arco, mientras el de la máscara blanca apoyaba una mano en su brazo derecho. Hanzo agarró al hombre por el antebrazo y tiró de él para acercarlo, haciendo chocar sus frentes. Frente a sus ojos, empezaron a brillar y destellar luces hasta que se tambaleó por el golpe. Aturdido, su oponente soltó tanto a Hanzo como a la espada, que cayó al suelo y se apagó. Hanzo

**LAS ARMAS DESTELLABAN Y CREPITABAN COMO
INTENTANDO MANIFESTAR ALGÚN TIPO DE PODER MAYOR.
ALGO ESTABA MAL CON ELLAS, ALGO QUE HACÍA QUE
SUS CAMPOS DE ENERGÍA FUERAN INESTABLES.**

la apartó con una patada y centró su atención en el primer espadachín, al que pronto se sumó otro que portaba una máscara de oni roja.

Hanzo tensó y disparó varias flechas contra ellos, pero la pérdida de sangre empezaba a afectar a su fuerza. Fueron capaces de desviar cada una de ellas con golpes de sus espadas mientras avanzaban. La electricidad se arqueaba y chisporroteaba a lo largo de las espadas. Mientras tanto, los otros Hashimoto se habían reagrupado y se dirigían hacia él para acorralarlo.

Estaban bien organizados, eso había que reconocerlo. Y eran muchos. Más que las flechas que tenía. ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! Máscara negra cayó. Hanzo intentó agarrar otra flecha y su mano no encontró más que aire. Cerró la mano vacía en un puño y dio un puñetazo a su atacante más cercano, destrozando su máscara roja y dejando al hombre tendido en el suelo.

Cansado de esperar a que vinieran hacia él y cada vez más desesperado, Hanzo saltó a la pelea. Luchaba por salir de este callejón. Luchaba por su vida.

Él no caería ante los Hashimoto como le pasó a su padre. No les daría esa satisfacción.

Las maniobras de Hanzo para salir del estrecho campo de batalla se convirtieron en una especie de danza: golpeaba, blandía su arco, se lanzaba y esquivaba. Consiguió recuperar varias de sus flechas caídas, pero se estaba cansando. Lo que a los Hashimoto les faltaba en disciplina y habilidad, lo compensaban en número, por lo menos aquí, en Tokio, cerca de su fortaleza. Y él solo era uno. Era cuestión de tiempo antes de que lo abrumaran. Había perdido mucha sangre y le quedaba una flecha.

"Mejor hacer que cuente".

Cargó su Arco de tormenta y disparó la flecha, envuelta en energía incandescente en forma de dos dragones entrelazados. Atravesaron el callejón en línea recta y sus enemigos se desplomaron a su paso.

Solo Moño y un par de sus sicarios habían sobrevivido al devastador ataque. Hanzo se enfrentó

a ellos, empuñando su arco con fuerza y oscilando ligeramente sobre sus pies. Gran parte de la sangre derramada en el suelo era suya.

Por un momento, los enemigos parecieron desconcertados, lanzándose miradas inseguras. Uno de los hombres le susurró algo a *Moño*. El líder miró fijamente a Hanzo, al arco que tenía en las manos, y murmuró: "Shimada".

Hanzo trató de adoptar una postura defensiva, pero se tambaleó y cayó, perdiendo y recuperando el conocimiento una y otra vez. Alguien levantó el arco que se le había caído y lo agarró del cabello, levantándole la cabeza para poder contemplar su cara más de cerca. La figura de *Moño* se erguía por encima de él, sangrando pero satisfecho: "¿Quién demonios eres tú?"

—Yo no soy nadie —dijo Hanzo. El hombre retrocedió, se limpió la cara con el brazo y luego golpeó a Hanzo con su propio arco. Su cabeza se movió bruscamente hacia la izquierda y la mejilla derecha le empezó a palpitar.

—Tráiganlo —dijo *Moño*.

Unas manos agarraron los brazos de Hanzo por la espalda y ataron una cinta de plástico alrededor de sus muñecas, tirando de ella con más fuerza de la necesaria. A Hanzo le costaba concentrarse. Se quedó mirando el graffiti que habían pintado en la pared de ladrillo detrás de un contenedor de basura, intentando encontrarle sentido a las letras de color rojo sangre. Alguien había intentado sin éxito borrar las palabras, pero él podía distinguirlas: "Si no entras en la cueva del tigre, no capturarás a su cría".

Hanzo sonrió y perdió el conocimiento.

Hanzo despertó en una pequeña celda de cemento, vacía salvo por la tosca losa sobre la que estaba tumbado y un balde de plástico en un rincón. Frente a él, brillaba una pared de luz sólida color ámbar. Más allá, un robot humanoide hacía de centinela. El cuerpo metálico del ómnico era del mismo color plateado y gris que la puerta blindada que custodiaba.

Hanzo dio un bostezo. Su mandíbula crujió y se masajeó suavemente el lado hinchado de la cara. Una de sus muelas parecía estar floja. Habían limpiado y vendado la herida de su hombro. Estaba realmente sorprendido de que se hubieran tomado la molestia de curarlo, pero también tenía una serie de contusiones y rasguños que no recordaba haber sufrido durante la batalla, lo que indicaba que no habían sido muy cuidadosos al traerlo aquí, dondequiera que fuese ese *aquí*. ¿Lo habían traído a la fortaleza de los Hashimoto? ¿Por qué decidieron hacerlo prisionero en lugar de dejarlo morir en el callejón o simplemente matarlo?

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó Hanzo al ómnico.

No hubo respuesta.

—¿Dónde estamos? —intentó de nuevo. Ni siquiera podía estar seguro de seguir en Tokio.

El guardia se movió ligeramente, pero no respondió.

—¿Puedes darme un poco de agua? —preguntó Hanzo.

—¿Hablas en serio? —dijo por fin el guardia.

—Estoy muerto de sed —explicó Hanzo.

El ómnico golpeó la puerta una vez y un instante después se abrió. Tras salir, la puerta se cerró y quedó bien asegurada.

Hanzo perdió la noción del tiempo. Perdía y recuperaba la conciencia, pero le pareció que habían pasado varias horas antes de volver a oír los seguros de la cerradura de la puerta girar. Se despertó al instante, con los músculos tensos para otra pelea. Sin embargo, mantuvo los ojos cerrados mientras su visitante entraba en la habitación con paso ligero.

—Saludos, joven maestro —dijo el hombre.

Los ojos de Hanzo se abrieron de golpe al oír otra voz familiar de su pasado. Se incorporó rápidamente y se quedó mirando. Toshiro Yamagami estaba al otro lado de la barrera. Había perdido peso y estaba más viejo de lo que Hanzo recordaba, pero no parecía ni frágil ni débil.

El talentoso fabricante de espadas le había explicado una vez cómo se forjaba una espada, cómo se calentaba y se martilleaba una y otra vez hasta que quedaba perfectamente afilada. A pesar de su increíble delgadez, la espada era más fuerte que el acero sin templar, y más mortífera. Esto incluso antes de que su tecnología estuviera integrada por completo.

La impresión que dejó Toshiro Yamagami fue que, al igual que una de sus famosas espadas, cualquier carga o presión a la que se ha visto sometido en los últimos años solo lo había vuelto más fuerte.

—Toshiro-sensei —dijo Hanzo con asombro—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Sobrevivir —respondió Toshiro.

Hanzo respiró hondo. Las espadas que había visto antes no eran malas copias de las armas Shimada. El antiguo fabricante de espadas de los Shimada ahora fabricaba armas para los Hashimoto.

—¿Fabricando armas para parásitos como los Hashimoto? —preguntó Hanzo.

—No pretendo que entiendas las difíciles decisiones que mi familia se ha visto obligada a tomar durante tu larga ausencia —respondió. Su expresión había cambiado y algo de su antiguo ardor apareció en sus ojos.

Hanzo hizo una mueca de tristeza. Hasta ese momento, no había pensado en el destino de

DESPUÉS DE MARCHARSE, LOS ANCIANOS DEL CLAN CANIBALIZARON KANEZAKA Y DESTROZARON EL LEGADO DE LOS SHIMADA. OVERWATCH ACABÓ CON LO QUE QUEDABA POCO DESPUÉS.

Toshiro y su familia: su esposa, Asa, y su hija, Kiriko. Después de marcharse, los ancianos del clan canibalizaron Kanezaka y destrozaron el legado de los Shimada. Overwatch acabó con lo que quedaba poco después. Había supuesto que Toshiro y Asa seguirían como siempre, pero ahora se daba cuenta de que, en el mejor de los casos, se trataba de una suposición ingenua, una manera de tranquilizar su conciencia. Por supuesto que las cosas habían cambiado para todos. Cada año, cuando Hanzo regresaba al castillo de los Shimada para rendir homenaje a su hermano, había visto cómo los Hashimoto contaminaban su hogar. Sabía que se habían establecido allí en cuanto Overwatch se fue.

—La calidad de su trabajo ya no es lo que era —dijo Hanzo con ligereza.

—Estoy obligado a producir más, a trabajar con materiales inadecuados —explicó, el fuego en sus ojos se había apagado.

Hanzo se quedó pensativo. Toshiro y el padre de Hanzo eran de la misma generación, y sus similitudes en los modales y la forma de hablar a menudo hacían que algunos creyeran que eran familia. Nunca se había debatido sobre quién detentaba el poder, pero también había existido un respeto mutuo entre ellos.

Y al igual que el padre de Hanzo, Toshiro siempre elegía sus palabras de manera deliberada, como si tuvieran un significado oculto. Hanzo se preguntaba si los materiales de Toshiro eran de verdad tan malos, o si fabricaba mal sus espadas para atenuar el daño que podían infiligrir los Hashimoto.

Si es así, debió costarle mucho, ya que siempre se había enorgullecido de su habilidad.

—Es desolador ver el acero Yamagami emplearse para aterrorizar a la gente —dijo Hanzo, por no hablar de que sus espadas se desperdiciaban en las manos de delincuentes de poca monta que ni siquiera sabían manejarlas correctamente.

—La vida no es en blanco y negro. ¿Quiénes son los héroes? ¿Quiénes son los villanos? Todo depende de las decisiones que tomes —dijo Toshiro levantando una ceja mientras sus ojos

Y SIN EMBARGO, COMO UN PRÍNCIPE ARROGANTE, HANZO HABÍA DESPRECIADO A LOS YAMAGAMI COMO SIMPLES SIRVIENTES. AHORA SE SENTÍA HUMILLADO ANTE TOSHIRO, SABIENDO QUE SU FAMILIA HABÍA DEMOSTRADO MÁS HONOR QUE ÉL.

estudiaban a Hanzo, como si evaluaran el acero en bruto—. Producir espadas para los Hashimoto ha ayudado a mantener a salvo a *mi* pueblo estos últimos ocho años. ¿Adónde te han llevado tus decisiones?

—Tus palabras son más filosas que tus espadas, anciano.

—Espadas con poco filo para hombres con poca habilidad —Toshiro inclinó la cabeza—. Mis armas solo pueden ser controladas por aquellos que son dignos —dijo mirando fijamente a Hanzo—, las forjo con la esperanza de que sean empuñadas no solo con habilidad, sino también con honor.

Hanzo sintió vergüenza. Toshiro era el marido de Asa Yamagami, quien había entrenado a Hanzo y Genji en el arte de la espada, junto a Kiriko. Pero ella había sido mucho más que la mejor ninja del clan Shimada, Asa había sido lo más parecido a una madre que tuvieron los hermanos después de que Rumiko Shimada abandonara a su familia.

Y sin embargo, como un príncipe arrogante, Hanzo había despreciado a los Yamagami como simples sirvientes. Ahora se sentía humillado ante Toshiro, sabiendo que su familia había demostrado más honor que él. Hanzo huyó de sus obligaciones, juzgándose indigno. Pero los Yamagami se quedaron y asumieron una gran responsabilidad, la que debería haber sido suya. Había cambiado desde entonces, pero eso no alteraba su complicidad en la situación actual.

—Yo... —Hanzo tragó saliva—. Tiene razón. He estado ausente demasiado tiempo. ¿Cómo está Asa-sensei?

—Sigue en Kanezaka, manteniendo el orden.

Alguien capaz de mantener a raya a los indisciplinados chicos Shimada durante los entrenamientos, sería capaz de mantener a la población en orden. Sospechó que ella administraba a los Hashimoto y no al revés.

A pesar de sus palabras, los ojos de Toshiro aún conservaban cierta ternura. Hanzo recordó que siempre había sonreído para él, incluso cuando parecía que no había nada por lo que alegrarse. Como si fueran los únicos participantes de algún tipo de broma.

Asa le dijo una vez que era igualmente importante saber cómo desarmar a un adversario sin necesidad de empuñar un arma. Muchas veces se podía lograr diciendo las palabras justas, sonriendo de la manera justa. Era una habilidad que debió de servirles bien a ella y a su marido bajo los Hashimoto.

Aunque, ¿había sido realmente tan diferente cuando los dos trabajaban para el padre de Hanzo?

—Hanzo, me alegra verte de nuevo. Pero sea lo que sea que buscas, venir aquí fue un error.

—Mi error fue que me capturaran —dijo Hanzo con voz áspera.

—Sí —Toshiro reprimió una carcajada—. Los ancianos del clan Hashimoto reconocieron tu Arco de tormenta como un arma que solo podría haber sido fabricada por mí —extendió las manos ásperas y callosas, con las palmas hacia arriba, como en señal de súplica. —Me enviaron para confirmar tu identidad. Ahora que tienen al descendiente de los Shimada, te ejecutarán para someter a la gente. Dos pájaros, un tiro.

—Si lo que quieren es un sucesor de los Shimada, puedes decirles que no hay ninguno. El clan murió hace mucho tiempo, con mi padre. No dejó a nadie digno de llevar el nombre. Todo lo que queda de mi familia son sus mentiras, sus fracasos y sus crímenes.

Toshiro chasqueó la lengua como hacía cuando encontraba un defecto casi imperceptible en una espada.

—Tu padre era un hombre de negocios. Un criminal, sin duda. Pero siempre atendió a los intereses de su gente y, sobre todo, de su familia. Mantuvo a raya a los tigres y a cosas aún peores. A veces, proteger lo que amamos es todo lo que podemos esperar como legado.

Se quedaron pensativos un rato. Para Hanzo fue como mirarse en un espejo que reflejaba su doloroso pasado, pero también una pequeña posibilidad.

—Me recuerdas cómo eran las cosas, pero también veo lo que siempre he visto en ti y en mi hija: el futuro que intentábamos construir. Mientras nuestros hijos vivan, también vivirán nuestras esperanzas para ellos y nuestros sueños para el mundo que heredarán —dijo Toshiro, como leyendo la mente de Hanzo. Luego se dirigió a la puerta.

—Reportaré que el hijo del dragón está tan destrozado que sería una clemencia asestarle el golpe mortal. Que ha destruido los últimos vestigios de los Shimada más eficazmente de lo que ellos jamás pudieron.

Hanzo emitió un grito ahogado como si lo hubieran golpeado.

**—SOJIRO TAMBIÉN ESTARÍA ORGULLOSO DE TI,
POR HABER VUELTO AQUÍ—DIJO TOSHIRO.**

—SERÍA LA PRIMERA VEZ—DIJO HANZO CRUZÁNDOSE DE BRAZOS.

**—OH, TE EQUIVOCAS, HANZO—DIJO EL HOMBRE
MAYOR SONRIENDO CON NOSTALGIA.**

—Tus acciones determinarán la verdad tras esas palabras —Toshiro golpeó la puerta con los nudillos.

El honor está en las acciones de uno mismo. Esas fueron algunas de las últimas palabras que Genji le dirigió. *Todavía tienes un propósito en esta vida, hermano.*

Hanzo se inclinó ante Toshiro y el hombre le devolvió el gesto. Con voz más conspiradora dijo: “Si de alguna manera consigues salir de aquí, por favor, busca a Kiriko. Dile que ojalá hubiera podido escribirle más, estar a su lado. Dile... que estoy orgulloso de lo que ha estado haciendo para mantener a raya a los Hashimoto”.

Hanzo asintió con la cabeza.

—Sojiro también estaría orgulloso de ti por haber vuelto aquí —dijo Toshiro.

—Sería la primera vez —dijo Hanzo cruzándose de brazos.

—Oh, te equivocas, Hanzo —dijo el hombre mayor sonriendo con nostalgia.

La puerta se abrió y Toshiro se giró para mirar a los guardias de Hashimoto. Mientras lo acompañaban a la salida, Hanzo se dio cuenta de que, efectivamente, eran ellos los que controlaban al viejo fabricante de espadas y no al revés. Pero al tomar la decisión de quedarse bajo su dominio, era Toshiro quien había tomado el control de su situación.

La puerta se cerró y Hanzo se sentó en el suelo, doblando las piernas debajo de él. Tenía mucho en lo que pensar.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Hanzo supo que no iba a ser una visita de cortesía. Entraron dos miembros del clan Hashimoto, un hombre con una katana desenvainada y su viejo amigo *Moño*. Este último sujetaba un precinto de plástico.

—Date la vuelta —ordenó—. Las manos detrás de la espalda.

—Si vas a matarme, hazlo aquí —dijo Hanzo.

—Los jefes quieren verte morir. Antes de la evacuación.

—Entonces, haz lo que debas hacer —gruñó Hanzo. Se dio la vuelta y se llevó los brazos a la espalda, ignorando la punzada en el hombro mientras *Moño* lo ataba con fuerza. Por supuesto, sus captores no sabían que cuando Hanzo era más joven, atrevido y arrogante, había alardeado de que podía vencer a su hermano Genji *con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda*. Asa-sensei se había enterado y lo utilizó como un momento de enseñanza.

Y estos cretinos ni siquiera iban a vendarle los ojos.

Hanzo había sido superado en número en el callejón, pero podía manejar a estos dos incluso sin su arco, o sus manos. ¿Y después qué? ¿Escapar? Estaba cansado de huir. Quería ver a los ancianos de Hashimoto con sus propios ojos, entender cómo podían quedarse sentados, protegidos en su fortaleza mientras la gente afuera sufría.

Una de las lecciones de Asa-sensei se había quedado grabada en su memoria porque parecía contraintuitiva: "Debes aprender cuándo golpear y cuándo no. A veces es mejor esperar la oportunidad adecuada para hacer tu movimiento".

Así que Hanzo esperó y dejó que esos idiotas lo guiaran por los laberínticos pasillos del edificio.

Un hormigueo en la nuca le indicó que lo estaban observando. Redujo la marcha y miró a su alrededor mientras caminaban. Vio una cámara de seguridad al final del pasillo. Por supuesto que había cámaras, pero eso no le quitó la sensación de estar siendo observado. Había alguien o algo más...

—Sigue caminando —dijo *Moño*.

Hanzo tomó aire y siguió adelante. Los hombres lo condujeron a un viejo ascensor. *Moño* cerró las puertas, apretó el botón de la tercera planta y giró la manivela, y el ascensor se puso en marcha. Subió lentamente dos pisos antes de detenerse. Volvió a girar la manivela y abrió la puerta para descubrir una espaciosa sala de conferencias. Cinco ancianos Hashimoto estaban sentados en una mesa elevada en el extremo opuesto, flanqueados por cuatro guardias con trajes negros. *Moño* empujó a Hanzo hacia delante y este se acercó a la mesa.

Hanzo se preguntó cuál de ellos era el líder de los Hashimoto. Una astuta mujer de pelo color platino situada en el centro fue la primera en hablar: "Hanzo Shimada".

—Ya no llevo el nombre de mi padre —declaró.

—Puede que abandones el nombre, pero él no te abandona a ti. Los dragones son dragones —dijo un hombre con ojos dormidos a su extrema derecha, entrelazando los dedos.

—Hasta que se mueren —bromeó una mujer muy maquillada situada en el extremo izquierdo. Los demás se rieron.

—Eres el último de tu familia, el último de nuestros enemigos —habló la primera mujer—. Hoy ponemos fin a los Shimada para siempre y para que todos puedan verlo —anunció mientras Hanzo se fijaba en la cámara de un dron que flotaba sobre los guardias, filmando el espectáculo.

Los ojos de Hanzo se posaron en su Arco de tormenta, que descansaba sobre la mesa con su aljaba sin flechas.

—¿Quién de ustedes me enfrentará primero? —preguntó Hanzo.

—Dispararte será suficiente —dijo la mujer mientras se lanzaban miradas sonrientes.

Hanzo se tensó cuando *Moño* le presionó la espalda con la punta de la pistola. La cámara se acercó lentamente, su lente emitió un zumbido y una luz brillante iluminó el rostro de Hanzo. Iba a ser asesinado como su padre antes que él, sin siquiera tener la satisfacción de enfrentarse a su asesino en combate. Todo para enviar un mensaje a la gente asustada.

El martillo de la pistola chasqueó al ser retraído. Era el momento de Hanzo para actuar.

—Mátalo.

Antes de que *Moño* pudiera apretar el gatillo, las luces parpadearon. Otra vez esa sensación, de ojos en la oscuridad. Un kitsune azul resplandeciente irrumpió en la habitación, pasó por delante de los asombrados ancianos del clan y comenzó a describir círculos alrededor de Hanzo y *Moño*.

En la confusión, Hanzo giró sobre sí mismo y golpeó a *Moño* con su hombro sano, tirándole el arma de las manos y haciéndola resbalar por el suelo.

Un destello metálico iluminó a Hanzo y un kunai voló hacia él, cortando el precinto que le ataba las muñecas sin hacerle ni un rasguño. Sus ojos miraron hacia arriba, siguiendo el origen de la asistencia hasta un panel abierto en el techo. Una figura cayó de él una fracción de segundo después, aterrizando con ligereza. Era una mujer vestida con ropas de miko de color blanco y escarlata, con zapatillas rojas y la mitad inferior de la cara cubierta por una bufanda roja. Alguien lanzó un grito de alarma y los ancianos se refugiaron detrás de la mesa.

Hanzo giró sobre sí mismo y conectó una patada alta que desvió el puñetazo de *Moño*. El hombre rugió y volvió a abalanzarse sobre él, pero Hanzo ya se estaba lanzando por los aires. Dio una voltereta hacia delante, sujetó la cabeza del hombre entre sus piernas y se contorsionó. Tiró de *Moño* hacia abajo con él y rodó, haciéndolo voltear y golpeando con fuerza su espalda contra el suelo. Ya no se levantó.

UN DESTELLO METÁLICO ILUMINÓ A HANZO Y UN KUNAI VOLÓ HACIA ÉL, CORTANDO EL PRECINTO QUE LE ATABA LAS MUÑECAS SIN HACERLE NI UN RASGUÑO.

Hanzo se puso en pie y vio a la recién llegada que lo observaba. Las orejas de zorro y los caracteres kanji de su diadema daban a entender que ella fue quien había desatado el ataque de kitsune.

Hanzo no tuvo tiempo para especular, ya que un ómnico de Hashimoto estaba blandiendo su katana contra él, haciendo saltar chispas de energía azul. Esquivó sus estocadas, consciente de que el contacto con el arma mejorada causaría mucho daño. Necesitaba algo con que luchar.

La ninja con aspecto de zorro se precipitó hacia adelante y bloqueó la espada del ómnico con dos kunai cruzados. Acto seguido, le propinó una patada que hizo que se doblara, pero se recuperó rápidamente y comenzó a luchar contra ella, haciendo que su espada destellase.

La ninja era rápida como el rayo y muy ágil, mantenía al ómnico a la defensiva mientras lo rodeaba, asestando golpes con sus armas más pequeñas. El ómnico retrocedió, incapaz ya de sostener el peso de su espada.

Sin mediar palabra, Hanzo y la ninja se pusieron espalda contra espalda y encararon al resto de sus oponentes. Hanzo estiró y flexionó sus doloridos brazos. Luchando junto a aquella ninja y su resplandeciente kitsune, se sentía como en uno de los relatos que su padre solía narrar.

Otra tanda de matones de Hashimoto los atacó con sus espadas relampagueantes. Hanzo y la desconocida enmascarada lucharon al unísono, como si llevaran toda la vida combatiendo juntos. No dejaban de moverse, rotando en el centro de la sala para que ella pudiera desarmar a los enemigos con su kunai y Hanzo pudiera acabar con ellos en combate cuerpo a cuerpo. Ella era hábil, pero su respiración agitada indicaba que estaba llegando a sus límites. El mismo Hanzo estaba a punto de agotarse, acumulando nuevos hematomas sobre sus viejas heridas. La herida de bala en el hombro volvió a abrirse, causándole agonía cada vez que movía el brazo.

—¡Vamos! No podemos dejar que se escapen —dijo ella girándose hacia él tras derrotar al último de los Hashimoto. En su voz resonaba el eco de una chica que había conocido hacía mucho tiempo.

Hanzo vio una puerta abierta en la parte delantera de la sala. Los ancianos habían

desaparecido. Pasó sin cuidado por encima de los Hashimoto caídos para recuperar su arco y su aljaba, y observó que alguien la había reabastecido de flechas.

El pasillo fuera de la sala estaba misteriosamente vacío y silencioso. Hanzo miró por la ventana, y lo que vio hizo que se detuviera en seco. A su lado, la ninja ahogó un grito.

La nave de mando de Null Sector se elevaba ahora sobre la Torre de Tokio, de donde salían puntos oscuros. Eran unidades de descenso que bombardeaban la ciudad como una lluvia apocalíptica. El cielo brillaba con ráfagas de armas, pero la policía de Tokio y la milicia japonesa estaban en inferioridad numérica y perdían terreno a cada segundo. La ciudad estaba bajo asedio.

Bajaron corriendo, sin oposición, y salieron justo cuando la escolta blindada de los Hashimoto se alejaba.

—¡Aún podemos alcanzarlos! —dijo Hanzo.

—No —dijo ella poniéndole una mano en el brazo—. Nos necesitan aquí.

Las calles a su alrededor ya estaban inundadas de robots de guerra. La gente gritaba y huía aterrorizada. A Hanzo le llamó la atención el olor que impregnaba el aire. Olor a ozono, ceniza y azufre. Devastación y muerte.

Hanzo había visto el ataque de Null Sector en París en una transmisión televisiva, pero en persona, mientras estaba sucediendo, el nivel de destrucción que producía era absolutamente impresionante.

Este asalto era real y muy personal. Sabía que las nubes pintadas por las llamas y el humo serían visibles desde la cercana Kanezaka. Y cuando Null Sector hubiera terminado aquí, sus naves teledirigidas avanzarían para barrer con los distritos menos poblados de los alrededores de Tokio, acorralando a los que habían huido de la ciudad. La mayoría de las ciudades pequeñas de las prefecturas más alejadas estaban indefensas. Si Tokio caía y Null Sector se establecía en la región, tendría un efecto dominó que arrastraría al resto del país al caos.

Él asintió. La ninja empuñó su kunai mientras Hanzo tensaba una flecha en su arco. Juntos, derribaron a los robots de guerra más cercanos que sobrevolaban la zona, haciéndolos estrellarse contra el suelo. El grupo de personas al que se dirigían los robots de guerra hizo un gesto de agradecimiento antes de huir.

—Aquí adentro —dijo Hanzo mostrándole a la gente el camino hacia la fortaleza de los Hashimoto, cuyas puertas seguían abiertas de par en par—. Hay mucho espacio para esconderse hasta que esto se calme —explicó pensando que allí estarían lo más seguros posible, al menos hasta que los Hashimoto volvieran a reclamar su base. Si es que volvían.

Con la manzana a su alrededor temporalmente despejada, Hanzo se giró hacia su benefactora enmascarada.

—Te conozco —dijo.

—Casi tan bien como yo te conozco a ti, Shimada. Quizás menos.

Alzó una mano hacia ella, pero luego la retiró. Ella guardó sus armas y bajó la bufanda por debajo de la barbilla. Su rostro trajo recuerdos a su mente. Una chica joven que los seguía a él y a Genji. La vio sentada al lado de una máquina de videojuegos mientras Genji intentaba conseguir otro récord. Vio los fuegos artificiales con ella desde el balcón del castillo Shimada. Trajo la cena a Genji y Hanzo tras la muerte de su padre, su plato lleno de una cantidad absurda de mochi, una pequeña señal que demostraba que se preocupaba por ellos.

—La mocosa —dijo Hanzo.

—Eres tan insoportable como siempre —sonrió Kiriko—. Debería haber dejado que te salvaras solo.

—Me salvé solo.

Jamás hubiera admitido que habían sido cercanos cuando eran jóvenes. ¿Cómo podría haberlo sido? Él tenía un deber por delante, un papel para el que prepararse. Pero había estado desconectado de su hogar durante tanto tiempo que las palabras de ella, si bien mordaces, le hicieron recordar aquella época y todo lo que había perdido.

Aunque había dado la espalda a Kiriko, tratándola solo como la hija fastidiosa de unos padres que servían a su familia, ella había estado a su lado cuando necesitó que alguien se preocupara por él.

—Sin embargo, proporcionaste una distracción oportuna —admitió Hanzo a regañadientes—. Tienes mi agradecimiento, Kiriko.

—Yo también te eché de menos, tonto. —Levantó una mano, con el índice y el pulgar casi pegados—. Así de mucho.

—No pudiste haber estado aquí por mí —dijo mirando hacia la fortaleza abandonada—. Ni siquiera yo sabía que iba a estar aquí.

—Tienes razón. No estaba aquí para rescatarte —explicó suspirando.

—Tu padre.

—Los Hashimoto lo secuestraron hace años. A veces le permiten comunicarse con nosotros, pero hace meses que no sé nada de él. Pensé que podría utilizar la invasión de Null Sector como cobertura y liberarlo antes de que fuera demasiado tarde. Pero el espíritu del zorro me condujo hasta ti.

—Quizás ni siquiera estaba aquí —dijo Kiriko frotándose los ojos con el dorso de la mano, aunque los tenía secos.

—Él estaba aquí. Yo lo vi —dijo Hanzo.

—LA MOCOSA —DIJO HANZO.

—ERES TAN INSOPORTABLE COMO SIEMPRE —SONRIÓ KIRIKO—. DEBERÍA HABER DEJADO QUE TE SALVARAS SOLO.

—¿Cuándo?

—Cuando me trajeron. Me pidió que te diera un mensaje. Que está orgulloso de ti, por mantener a raya a los Hashimoto.

Kiriko se apartó de él un momento, mirando el lugar donde había estado la escolta de vehículos, antes de desaparecer en el caos.

Su familia había respetado su llamado al deber con honor, cada uno a su manera. Toshiro trabajando desde el interior, sacrificando su libertad para que su familia pudiera seguir siendo libre, y suministrando información sobre los Hashimoto a su hogar. Asa, manteniendo Kanezaka unido y a salvo bajo el dominio de los Hashimoto. Kiriko, luchando contra sus opresores, debilitando su dominio sobre la gente y manteniendo viva la esperanza.

Hanzo se sintió insignificante al lado de estos sacrificios.

Había una delgada línea entre el honor y la cobardía. Hanzo estaba del lado equivocado, usando el honor como excusa para no hacer lo correcto, lo difícil.

Kiriko entrecerró los ojos y miró al cielo lleno de humo.

—¿Crees que Overwatch vendrá? —dijo girándose hacia él y mirando a Hanzo con curiosidad.

Sabía que Genji había vuelto con Overwatch en París, y su expresión le decía que ella también lo sabía. ¿Pero sabía ella lo que había pasado entre Hanzo y Genji antes de eso? Estaba claro que ella se alegraría de volver a ver a su hermano, pero Hanzo aún no estaba listo. Y ciertamente no quería hablar de ello. Ella esperó un instante más por una respuesta y luego suspiró.

—No hay nadie que proteja a Kanezaka. Ciertamente no los Hashimoto, eso está claro. Tengo amigos allí, hemos hecho todo lo posible por defendernos sin empeorar las cosas, pero no pueden con... —Miró hacia la nave de Null Sector—. Mamá se pondrá furiosa cuando sepa dónde he estado, pero ya está hecho. Oye, ¡tú y yo no formamos mal equipo!

—No eres tan inútil como recordaba —asintió Hanzo.

“... EL DRAGÓN SE DIO CUENTA DE QUE NO BUSCABA NI TESOROS NI VASALLOS. GRACIAS A SUS BUENAS ACCIONES, HABÍA RECUPERADO LO MÁS PRECIADO QUE HABÍA PERDIDO: LA DIGNIDAD DE VOLVER A CASA”.

La voz de Sojiro Shimada habló a Hanzo una vez más: *“Cuando el dragón victorioso entró en su vieja cueva, la encontró vacía y fría. El tigre la había despojado de todo. El dragón se dio cuenta de que no buscaba ni tesoros ni vasallos. Gracias a sus buenas acciones, había recuperado lo más preciado que había perdido: la dignidad de volver a casa”*.

—Entonces, tal vez deberíamos volver a Kanezaka —dijo Hanzo parpadeando varias veces. El humo en el aire los estaba haciendo lagrimear.

—¿Vienes conmigo? —preguntó sorprendida.

—Agradezco que el espíritu del zorro te guiara hasta mí, Kiriko —dijo Hanzo. *“Y que el dragón me condujera hacia el propósito que he estado buscando”* pensó.

Kiriko sacó un trozo de papel y lo pegó al pecho de Hanzo. Él lo miró con expresión perpleja.

—Un ofuda. Para curar —dijo—. Es algo en lo que soy buena.

A Hanzo nunca le habían gustado los sentimentalismos ni era bueno con las emociones. Tal vez estaba cambiando después de todo. Ahora le debía la vida a Kiriko. En muchos aspectos sus padres lo habían forjado en la persona que era, y seguían siendo el ejemplo de esa mejor persona en la que aún podía convertirse.

La familia de ella había servido a la suya durante siglos. Ahora él les serviría a ellos y a la gente. Era una lección que su padre había intentado enseñarle, pero que había necesitado tiempo para comprender.

Hanzo y Kiriko se encaminaron por la calle, dejando un rastro de robots de guerra de Null Sector destrozados a su paso, despejando poco a poco el camino a casa.